

# Mauricio Molina

## La rotura del mundo

Alberto Chimal



1. En los años noventa, cuando Mauricio Molina avanzaba en la escritura de la primera mitad de los cuentos reunidos hoy en *La trama secreta*, su nombre ya circulaba entre nosotros. Éramos sus lectores jóvenes y sus lectores locos: los interesados en lo que entonces se llamaba lo fantástico, y lo teníamos a él como un autor de culto. Sus libros, no siempre fáciles de conseguir, estaban en nuestros estantes lado a lado con Francisco Tario (en fotocopias), con Amparo Dávila (en su edición de Lecturas Mexicanas, que por años y años fue la única) y con los otros, los poquísimos escritores mexicanos que se atrevían a ir más allá del realismo que había imperado en el país durante todo el siglo XX.

Como ese realismo nos rechazaba, todos esos autores no eran menos que héroes para nosotros. Y entre ellos, Molina, además de no tener miedo de los prejuicios de un estamento literario que nos parecía de una estrechez asfixiante, tenía una virtud espectacular: no había, en ese grupo clandestino, ningún estilista como él.

2. No es verdad que los lectores jóvenes o marginales, o ambas cosas, no sean capaces de percibir la grandeza del estilo. Nosotros la veíamos clarísimamente en *Tiempo lunar*, en *Años luz*, en cuentos como “Desnudo rojo” o “Teoría del fantasma”, y en ella encontramos un aspecto distinto de lo que ahora —en un plan ligeramente más conciliador— hemos dado en llamar *literatura de imaginación*. Se tiene la idea de que lo fantástico merece el desdén que suele padecer porque no es sutil: porque habla invariable y burdamente de criaturas extrañas, sucesos imposibles, catástrofes o maravillas descritas siempre como sucesos literales. Pero no es así y nosotros lo supimos leyendo, entre otros, a Mauricio Molina, quien en

su obra breve —sobre todo en su obra breve— ha logrado una forma poderosa y reconocible de descripción de lo subjetivo; de los estados invisibles que sólo se manifiestan en la percepción y, por lo tanto, sólo el arte puede comunicar.

La imaginación fantástica es, en cualquier caso, la expresión de la vida interior y de los símbolos que reflejan esa vida en el lenguaje y, con el tiempo en el mundo. Por lo tanto no necesita el espectáculo de los subgéneros más conocidos para lograr sus fines. Aun cuando no lo use, puede pasar sobre los bordes de nuestra idea de lo real, y en ese paso iluminarlos: revelarlos. Y puede hacerlo porque le basta tocar, simplemente, los estados del alma: la rotura del mundo que propone puede ser la del mundo interior, la de las certidumbres en las que se afianza la vida y que no son, en el fondo, más que construcciones del lenguaje: patrones que sólo existen en nuestra conciencia, que usamos para consolarnos cuando somos débiles y para regodearnos cuando creemos no serlo. Cuando no se somete a afianzar una idea preestablecida de las cosas, la facultad creativa de la conciencia nos lleva también a revelaciones como la del protagonista de “Investigaciones privadas”, el último cuento reunido en *La trama secreta*: “Sabía que el máximo secreto de este mundo es que no había tal secreto. La vida carecía de misterio, no había nada oculto en ella. Todo flotaba en la superficie, en la apariencia pura de los actos, los hechos, las cosas”.

Paradójicamente esto no es, ni en el cuento ni en la gran literatura en la que se encuentra la obra de Molina, una validación de “las cosas como son”. Ni siquiera esta noción, la idea dominante de lo real en el tiempo en el que nos toca vivir, es otra cosa que una construcción del lenguaje. El comprender esto no es tranquili-

zador: por el contrario, inquieta y perturba. Pero tal vez nos hace falta ese otro tipo de perturbaciones.

3. Ha pasado el tiempo. Los lectores secretos que éramos seguimos aquí, en nuestra mayoría, y la obra de los autores que atesorábamos es un poco menos vilipendiada: llega más lejos y a más entre nosotros. Por otra parte, la imaginación sigue siendo escasa en este país golpeado por la violencia y obsesionado por el discurso de la violencia. Y este discurso, examinado a conciencia en un puñado de obras geniales y repetido servilmente en muchas otras que no lo son, propone a muchos jóvenes de ahora la idea de que cualquier sofisticación es falsificación: de que lo ideal para el lenguaje no es ni siquiera la transparencia sino la brusquedad, lo tosco y lo áspero de nuestras impresiones más inmediatas, traspasado a la página sin más. Y esta renuncia a los poderes del lenguaje es peligrosa, porque también reduce nuestra capacidad de percepción del mundo: nuestro poder —si tenemos alguno— sobre las cosas.

Sólo esta razón bastaría para celebrar el proyecto narrativo de Mauricio Molina: veintitrés historias para resumir veinte años de trabajo en el cuento hablan de un autor concentrado, cuidadoso, sin ansiedad por publicar..., pero también un narrador que le ha apostado todo a esa búsqueda del poder del lenguaje: su capacidad transgresora y reveladora a la vez. La contraportada de *La trama secreta* anuncia que es el fin de una etapa: sea cual sea el porvenir de su creador, sus ficciones quedan fijas aquí para recordarnos cada deslumbramiento inicial con sus palabras y para provocar muchos otros. **U**

Mauricio Molina, *La trama secreta. Ficciones, 1991-2011*, FCE, México, 2012, 226 pp.